

Entré en la casa, subí las escalera, y como la señora viuda de D. Pedro Llamas, su hermano y su prima eran muy ordenados en el gastar, los corredores estaban casi á oscuras, debiéndose el *casi* á la luz débil que salía por dos puertas de las habitaciones. Tosí para que alguien me oyera; pero la tertulia de los tres viejos estaba animada, á juzgar por las voces que llegaban hasta mí; y nadie salió. Avancé entonces con la timidez de quien teme ser imprudente, y como volviera á toser, una voz fresca y simpática dijo á mis espaldas:

—Juan Lanás, creí que me dejarías esperando.

Y cuando volví hacia atrás, Felicia me dió un abrazo con su natural franqueza; me tomó en seguida por un brazo y casi me arrastró, haciéndome entrar en su cuartito.

—Sigo muy bien, me dijo; estoy encantada con estas gentes, que son muy buenas, y procuro corresponderles. Don Blas está muy satisfecho, porque luego que me traen el periódico se lo llevo á su cuarto, y como él es muy dado á la política, lo lee todo.

VII.

Una noticia.

UNA de las primeras noches de Julio, después de desembarazarme de Pepe, valiéndome de rebuscados pretextos, me dirigí á la calle del Amor de Dios; apresurando el paso para hacer tan largo camino en el menor espacio de tiempo. Los negros nubarrones que iban cubriendo el cielo, me infundían temor, tanto más cuanto que aun no había podido proveerme de un paraguas; pero no era bastante la amenaza del cielo para retraerme de mi designio, porque había yo recibido desde por la mañana un recado en el cual se me llamaba con cierta misteriosa urgencia.

Yo ni lo entiendo, hijito; ya sé que todo lo que tú escribas ha de ser muy bueno; pero como no pones tu firma, temo leer un artículo de Carrasco y encontrarlo bueno.

Don Pedro Llamas fué, sin duda, muy parecido á sus hermanas de San Martín, y transmitió á su mujer por contagio, y luego ésta á su hermana y su prima Encarnación, el carácter, las aficiones y las tendencias de raza. Don Justo, cuñado de la señora, me dió para ella una carta de recomendación, y así fué como vino á dar Felicia á la calle del Amor de Dios, y al seno de aquella buena familia, cuyo afecto supo granjearse en poco tiempo, y aun hacerle extensivo á mí.

Felicia, á pesar de sus recientes golpes, era la misma niña vivaracha y alegre que me curaba en San Martín la herida que recibí cuando andaba en la *bola*. Estaba, sí, algo más alta, sus mejillas no conservaban el color fresco de rosa que antes lucían, y habría tomado un aire melancólico su semblante, por la suave palidez, si no se opusieran á ello sus ojos chispeantes y habladores.

Me habló aquella noche de todo cuanto le vino á la cabeza, como tenía por costumbre; acompañando cada frase del gracioso y desenfadado gesto que le era propio; y tres ó cuatro veces mezcló con diversos asuntos el sacrificio que yo hacía por ella y la carga que me había echado encima, cuando la ví sola en el mundo, al morir su buen tío.

Cada vez que aquellas señoras le decían que era yo muy bueno, le parecía que no decían nada; porque yo no era bueno, sino mejor y mucho mejor. Bueno, podía serlo cualquiera. Y si no ¿qué había yo comido antes de ser periodista? Por fortuna tenía yo un talentazo de los que hay pocos, y sabía yo mucho. Ella conocía muy bien mi situación: la casa del pueblo se había vendido y sólo me quedaba el ranchito, éste estaba arrendado á Don Justo Llamas, y producía veinticinco pesos de renta mensual.

Yo la dejaba hablar, cuando iba á verla, interrumpiéndola solamente si tocaba este punto, que la conmovía al grado de saltarse las lágrimas; pero aquella noche su recado me tenía inquieto, y no la dejé sino á

medias seguir la corriente de sus pensamientos á su gusto.

¿Que era lo que tenía que comunicarme? Esperaba la pregunta para impacientarme un poco. ¿Con qué me había interesado su recadito? Bueno; pues no me diría una palabra; había yo de adivinarlo; se trataba de un asunto muy interesante para mí. ¿No atinaba yo? Lo más interesante de todo... Vamos, lo que yo quería más.....

—Será de.....

• —¡Dilo, hombre, no tengas miedo!

—De..... Remedios.

—¡De Remedios, hijito!

—¿Y que hay?

—Pero siéntate, no sea que te caigas al oírlo.

Sin quitar los ojos de los de Felicia, impaciente y ansioso, obedecí, por esa conformidad del que no quiere dilaciones ni de un segundo; mientras la muchacha gozosa, enchida de contento, con las palabras en la boca y la alegría anudada en la garganta, me miraba como saboreando mi confusión.

—¿Qué hay, repetí?

—Pues que la monísima Remedios viene dentro de dos meses.

—¡Viene! exclamé deslumbrado.

—Sí, hijito, viene.

—¿Estás segura?

—Enteramente. Doña Sabinita Llamas se lo escribe así á su hermana Luisa. Cuando leí la carta me puse á dar de brincos delante de todos, y llore un poquito. Ellos me preguntaban «¿Qué le pasa, Felicia?» «Que la quiero mucho, les contesté, porque es muy buena y muy guapa, y porque es la novia de Juan, y porque en viniendo ella, yo los he de casar luego, aunque el bárbaro de Don Mateo reviente.» Se quedaron muy admirados los tres, y yo les conté todo de pé á pá, que al fin no te has de enojar por eso; les dije que Remedios es lo más lindo y lo mejor que hay, y que no habría hombre que la mereciera, si tú no hubieras nacido, porque tú te puedes casar con la princesa de Francia, ¡y ya quisiera la princesa!

—Pero, hija.....

—Es la verdad, y no me desdigo.

La alegría súbita que se había apoderado de mí, con no sé qué de susto por la sorpresa, no me dejaba hablar ni pensar ordenadamente. Dí tres vueltas por el cuarto, mientras Felicia me enderezaba otra retahíla de elogios, de los que sólo oía yo la música sonora y argentina con que eran dichos.

La joven me obligó á sentarme y estar quieto para decirme lo que la carta contaba.

Remedios había estado enferma y mudando aires en una hacienda no distante de la capital del Estado, y se rehusó después á volver á la ciudad, hasta que su tío la llevó en el mes de Mayo á San Martín. En Junio hubo elecciones en el pueblo, y nombraron elector, entre otros, á D. Justo Llanas, quien sabía ya de buena tinta, que el diputado por San Martín al Congreso general que se reuniría en Setiembre, sería el Sr. Gral. Cabezudo.

—¡Diputado! exclamé con ira. ¡Diputado en México D. Mateo! ¡Un hombre que apenas sabe firmar! Esto es inaudito, espantoso, y el colmo de lo ridículo y de lo injusto. Se habrán propuesto elevar á ese salvaje has-

ta el cielo? Sin duda él mismo está pensando que se lo merece, y llegará al fin á creer de buena fe que vale mucho. Yo no puedo ver estas cosas sin que se me irrite la sangre y se me derrame la bilis..... ¡D. Mateo diputado! ¡Diputado!

El rencor despertó en mi alma, como si hubiera cobrado fuerzas con estar adormecido algún tiempo. Tal vez le había yo perdonado ya el ser General, cuando venía con un nuevo título bajo el brazo, para azotarme el rostro con él; y en mi corazón se fundían el odio y la envidia, engendrando un sentimiento solo, terrible para lastimarme, y tremendo para impulsarme contra aquel hombre.

Felicia, azorada, como incapaz de comprender el fiero movimiento de mi corazón, me siguió por el cuarto, me tomó de las manos, y con ingenua extrañeza me dijo:

—¿Y qué te importa que sea diputado, si trae á Remedios?

—¡Remedios.....! ¡Ciertamente.....!

Si ella venía ¿Qué me importaba lo demás? El nombre de la pedreña me llenó el alma,

y al ver fijas en las mías las expresivas pupilas de Felicia, aparté los ojos, avergonzado y confuso.

Volvimos á sentarnos, y yo procuré, en la animada conversación enmendar mi torpeza. Felicia charlaba con la verbosidad de la verdadera alegría que quiere manifestarse toda á la vez, comunicarse y propagarse en derredor; y yo, encadenado por sus palabras poco á poco, y embriagado después por sus esperanzas de color de rosa, la seguí, la seguí sin resistencia, luego con deleite, después con exaltación, hasta llegar, por una como seducción de la inocencia siempre optimista, al cielo de luz en que vivía el alma infantil, alegre y buena de la dulce niña. La vida era allí un idilio romántico, que se mantenía limpio, luminoso y tranquilo, á despecho y pesar del brutal realismo del mundo. Me ví en él y me sentí feliz, meciéndome voluntariamente en aquel dulce sueño engañoso, como el gañán miserable que busca en el sueño de la embriaguez el olvido y la compensación de su trabajo de bestia.

VIII.

Algo duro.

FUERON corriendo los días pesada y perezosamente, como si tuvieran gran trabajo para hacer rodar el mundo hasta el mes de Setiembre; y mientras tanto, la redacción del periódico, que había perdido el encanto de lo desconocido, que en los comienzos tuviera para mí, era ya un trabajo mecánico, más ó menos rutinario y fastidioso.

En la casa de huéspedes ibanse las cosas por el hilo de la costumbre, bien asentada ya desde mi ingreso. Don Ambrosio leía á Alamán con empeño que yo envidiaba, y le elogiaba con calor digno de mejor causa; en tanto que Jacinta daba de comer á la cotorra,

repitiéndole con heroica terquedad esas tonterías que se enseñan á todos los loros, como si los maestros estuviesen convencidos de que no se puede inventar nada mejor. Le daba el pan poniéndosele ella entre los labios; la llenaba de palabras cariñosas, que por falta de desahogo oportuno se le habían quedado almacenadas allá adentro; la regañaba con toda formalidad, como si fuera persona de entendimiento, y al fin le rasca la cabecita, que la cotorra entregaba pacientemente, cerrando los ojos por complacencia ó por fastidio.

Joaquín siempre sucio y grosero, las uñas y el cabello crecidos, hablando obscenidades con la colilla del cigarro pegada en el labio inferior, alardeando de cínico y mal criado, la levita, más que vestida, colgada de los hombros. Pedro Redondo, su compañero, único capaz de aguantarle, echado en la cama durante el día y paseando por la noche, inútil para el estudio y quizá para todo lo que no fuera tener conocimiento de cuantas celestinas y mozas del partido había en la ciudad. Ferrusca, descendiente quizá de judíos,

é inclinado por atavismo al agio, seguía madurando el proyecto de cambiar la panadería en casa de empeños, y al decir de Don Ambrosio, matando de hambre al sobrino, tacaño y roñoso, si no era tratándose de los Torrubbios, á quienes enviaba diariamente una docena de los más delicados bizcochos. Entre tanto, Torrubbio, que era para el Agente de negocios una especie de comodín, no paraba en toda la mañana, ocupado, ya como apoderado, ya como testigo, ya como depositario, en los mil negocios de menor cuantía, que movía el agente con admirable destreza de titiritero práctico.

En la mesa, que era común á todos los huéspedes de Barbadillo, exceptuada la familia del Agente, había yo notado con disgusto que Doña Serafina Gomera era conmigo demasiado atenta y cuidadosa. Adivinaba mi deseo para pasarme un plato; celebraba ó aprobaba cuanto yo decía; me ponía los ojos encima siempre que hablaba; elogiaba el periódico y el periodismo en general, y aun llegó á poner en mi plato oficialmente alguna presa que le pareció deli-

cada. Todo lo cual era recogido por Joaquín con maliciosa sonrisa, para dirigirme después puyas que me desagradaban en extremo.

Nada más natural que huir de aquella casa, procurando estar ausente la mayor parte del día; y esto hacía yo con la mayor diligencia, pasándome todo lo más del tiempo en la redacción, unas veces escribiendo, otras leyendo alguna cosa más ó menos útil, y otras charlando con Pepe y Carrasco.

En el piso bajo de la casa en que el director vivía, ocupaba la redacción un cuarto con ventana á la calle, desde el cual oíamos el ruido monótono de la prensa que sonaba á intervalos regulares en una pieza interior. La redacción era húmeda y fría; el tapiz viejo y desgarrado á partes, había perdido el color, las vigas descubiertas estaban adornadas con telarañas, y el piso de madera carcomida, hacía labor con todo ello admirablemente.

Dividía el cuarto una mesa grande y tosca colocada en el centro, sobre la cual muchos tinteros se habían volcado, según estaba la

carpeta de emborronada y sucia; sin faltar, hacia los bordes, largas y angostas quemaduras, como de cigarrillos que se dejan á un lado mientras se escribe, y arden olvidados hasta consumirse. La mesa era una confusión de periódicos, cuales enteros, cuales recortados por listas tijeras en momentos de apuro; los unos abiertos, los otros con la fajilla intacta; cuartillas emborronadas, volando éstas al soplar el viento de la ventana, pegadas aquellas á la carpeta por un chorro de estearina de la noche anterior; y en medio de todo, como señor absoluto y malhumorado, un diccionario descuardenado y con los cantos mugrientos, edición del año treinta y pico.

Media docena de sillas y un viejo estante de torcidos anaqueles, dormían pegados á la pared y llenos de polvo que nadie cuidaba de sacudir, después de la azotaina que el mozo *de arriba* les daba los domingos; las paredes estaban á trechos decoradas con algunos periódicos prendidos en mohosos ganchos, y entre ellos se distinguía por su ancha faz, un cuadro estadístico de la Re-

pública, de esos que se hacen á ojo de buen cubero y se dedican al señor ministro Don Fulano, en demostración de gratitud y adhesión.

Sin embargo, aquella redacción se animaba singularmente á ciertas horas. Pepe, Carrasco y yo nos sentabamos al rededor de la ancha mesa, y después de algún razonado parrafito que el estudiante enderezaba á Sabás, ó dedicaba al periodimo, á *La Columna* ó aun al propio Albar y Gómez, las tres plumas recorrían el papel, con suave rumor, resbalando tranquilas, uniformes, sin las suspensiones que la meditación exige, ni la agitada rapidez á que la inspiración obliga. Trabajabamos como escribientes no como escritores; no eramos artistas, sino obreros.

De repente Pepe alzaba la cabeza y encendía un cigarro.

—Señores, no es asunto de matarse. Descansen esas imaginaciones acaloradas, y oigan este trozo.

Y tras el aplauso que tributabamos al párrafo que nos leía, Sabás nos espetaba medio pliego de elogios al Gobernador H., que

pagaba veinticinco suscripciones del periódico y sólo recibía tres.

De vez en cuando, leía yo algo de lo mío. Aplausos, piropos formales y sinceros de Sabás y puyas de Pepe, acogían mi lectura, y no era poco frecuente que el estudiante me dijera:

—Muy bien; pero quite Vd. eso de «hasta cierto punto,» porque el Gobierno es perfecto hasta el punto de la perfección. Tampoco diga Vd. que casi todos los empleados cumplen exactamente con lo que la ley prescribe; porque ese *casi* tiene olorillo y saborite de conato de oposición vergonzante.

Un día el director encargó que *se le dijera algo duro* al Gobernador X, cuya conducta no era muy cuerda, y que por rara coincidencia no pagaba suscripciones de *La Columna*. Al oirlo, sentí un escalofrío que me hizo temblar, y pedí para mí aquella importante tarea, por un impulso irresistible, que bien pudo ser inspiración.

Sentéme frente á un puñado de cuartillas, sintiendo interiormente aquella comezón inexplicable que me quemaba las entrañas en

ocasiones. Las bromas de Pepe, sus párrafos de lectura, las gacetillas que Sabás sometía á nuestra crítica, zumbaban en mis oídos, como el ruido de los coches que pasaban por la calle, sin distraerme ni apartar mi atención de la tarea que me absorbía por completo. Mi pluma arañaba el papel nerviosamente, hasta rociarle de tinta, guiada por los dedos temblorosos que se movían sin momento de reposo; y las ideas brotaban con facilidad, y caían en el molde de la palabra sin detenerse un punto, enteras, vivas y vigorosas.

Cuando hube concluido, mis compañeros tuvieron que escuchar mi lectura. El artículo llamaba á juicio al desdichado Gobernador; pintaba la situación del Estado al caer en sus manos, si no enteramente buena, puesta en el camino de serlo; después recorría rápidamente el primer año de su gobierno, y al llegar al segundo se detenía, examinando las leyes expedidas, los actos de los tribunales, imputándolos al mismo Gobernador; enumeraba actos atentatorios contra los ciudadanos dignos, y al fin presentán-

dole la Constitución á la vista, le estrechaba, le combatía, le acorralaba, hasta dejarle anonadado y confundido.

Cuando concluí la lectura, Sabás fuera de sí, entusiasmado, casi loco se echó sobre mí y me estrechó en sus brazos, lanzando las más exageradas exclamaciones. Pepe estaba serio, mirándome con sincera admiración.

—No le creía yo capaz de escribir así, me dijo. Eso es soberbio.

Y continuó su trabajo sin alzar más la cabeza.

En efecto, el artículo, escrito con singular vigor, juntaba á la sonoridad de frases, robustez de estilo y fácil expresión de ideas. Sobre todo ello cayeron los elogios calurosísimos de Sabás, desmenuando los párrafos para demostrar mejor las abundantes perfecciones; y en ese trabajo le seguía yo, seducido por mi propia obra, deslumbrado y lleno de gozo.

Obligado á explicar el fenómeno de mi súbito mejoramiento, le atribuí á que por aquellos días me había dedicado á leer artículos y discursos de Castelar, á ciertos es-

tudios de Gramática, á qué sé yo qué más.

Pepe, que tal vez oía, mientras terminaba sus seis cuartillas, se levantó, tomó su sombrero, y al despedirse de mí, me dijo con el tono serio, severo y tranquilo que muy pocas veces usó en su vida:

—Procure vd. no escribir nunca en periódicos de oposición. Su espíritu es débil.

Y cuando Pepe salía, y yo recogía aquellas frases para examinarlas y entenderlas en su saludable profundidad, Carrasco dejó caer en mi corazón estas venenosas palabras, sin las cuales este libro no se hubiera escrito nunca:

—Eso es envidia.



IX.

Gacetilla.

COMENZÓ el suspirado mes de Setiembre, que suele ser en la ciudad más bella y elegante de la América latina, lluvioso y desapacible, y por ende lodoso y pesado; dando lugar y ocasión á que las señoras asustadizas no tengan digestión perfecta, y empleen el tiempo en llevar cuenta y razón de cada milímetro que sube el nivel del lago, aunque poco se les alcance de lagos, de niveles ni de milímetros.

Mi inquietud, sin embargo, era mayor que la de las señoras asustadizas, desde cierta noche en que Felicia me dijo, que el general Cabezudo y Remedios habían salido de